



Absenta

Sandra Puisac Nogarol. Sevilla. 23 años.

Un pintor cartógrafo de un territorio invisible. Un marchante de arte fascinado por la personalidad del pintor. La primavera, muñeco de trapo a manos del invierno. Y la hija de un fabricante de absenta enamorada sin opción. Sandra evoca pinceles y pinturas, obsesiones y amores desgarrados, voluntades doblegadas y mujeres bellísimas que no acaban de partir. Sandra escribe palabras de cuento en los ratos libres que le deja el trabajo, Sandra pinta letras negras en folios blancos que ahora contemplamos.

Absenta

Sandra Puisac Nogarol

*Un héroe es todo aquel
que hace lo que puede*

Romain Rolland

LA CERTEZA. La certeza del estremecimiento. Como una enfermedad ella llega a su cabeza. Una luz fuerte, cartilaginosa, que desemboca en una niebla densa: el preámbulo del encuentro. Reconoce su olor antes que su imagen - un olor penetrante, próximo a las rosas muertas, a la absenta y al agua de lluvia en un camposanto-. En realidad, le fascina ese olor, se apodera de su cuerpo como una cerilla imantando la oscuridad de una bodega. Hay algo de parto y de agonía en la llegada de la mujer. La percibe. Se materializa como un aria bellísima arrastrada por un viento del pasado: ella está aquí. Deja caer las tijeras de podar con un temblor de manos ajeno a su voluntad, abandona el jardín de inmediato y se adentra en la casa. El resplandor de las ascuas ardiendo ilumina el hogar de piedra. En el estudio, un lienzo impoluto espera en el caballete de madera. Envuelto en un silencio sobrenatural, extiende los colores sobre la paleta y toma un pincel, entre la veneración y el cansancio, cartógrafo de un territorio invisible, y se dispone a pintarla una vez más. No la abandonará, el tiempo de la renuncia queda ya lejos. Su compromiso es firme: sólo en sus ojos tristes *El perseguidor* se reconoce.

LA PRIMAVERA no era más que un muñeco de trapo en manos del invierno. El viento soplaba de poniente, gélido,

extenuante, a ráfagas que desplazaban el coche de un lado a otro, obligando a oscilar el volante, en un vaivén de cura ebrio. Había partido de Madrid a las cinco y cuarenta de la mañana, intentando evitar la aglomeración de trabajadores camino de los polígonos industriales, y calculaba llegar a Cantavieja en una hora, aproximadamente a las once menos cuarto. No era nuevo el ritual. *El perseguidor* se ponía en contacto y él acudía de inmediato. Durante quince años habían mantenido una relación artista/marchante, y en cierto modo de amistad, sin desacuerdos. Cumplía su parte: viajaba a Cantavieja, recogía el cuadro, lo vendía al mejor postor —siempre había un museo, una embajada o una fundación de renombre deseando ampliar su colección con un pintor de primera fila— e ingresaba el dinero en una cuenta, tras cobrar su comisión. La llamada se había producido ayer, siempre de improviso, cerca de la media noche, cuando se disponía a darse una ducha relajante antes de dormir; había algo extraño en su voz. Quince años. Quince años repitiendo el ritual. La efemérides de su primer encuentro —flechazo artístico y, ¿personal?— se cumplía esa misma semana. Por ello, un *Moët & Chandon Brut Imperial* esperaba en el maletero, envuelto entre dos mantas para que no se golpeará con las copas de cristal de bohemia, preparado para una celebración y un brindis. Siente la euforia del reencuentro, el cosquilleo de la emoción: le fascinaban aquellas visitas relámpago maceradas en misterio. Su indisciplinada forma de crear rompía la inercia de los días. Resultaba más un aliciente que una carga. Por ello, *El perseguidor* tenía prioridad sobre todas las cosas. Nunca había faltado a su cita. El treintañero joven de mirada extraviada, sazónada en desesperación, que conoció en una exposición en mil novecientos noventa, era ahora un genio de la pintura en su madurez, guardia personal de un ectoplasma femenino, poseedor de una fortuna considerable, encadenado voluntariamente a una mujer del pasado que se le aparecía periódicamente, célebre, envidiado y cotizado en los mercados

internacionales, que no concedía entrevistas y vivía recluso, a mil doscientos metros de altitud, en un pueblo de Teruel.

La radio saltaba de un dial a otro, enloquecida por una orografía cambiante, como una adolescente en el camerino de la estrella de rock del momento, y una fina lluvia helada dificultaba la visibilidad y la conducción. Apagó la radio. Los cristales se empañaban de un vaho denso y siniestro, y el marchante rememoraba su primer encuentro con *El perseguidor*. En aquellos días, se encontraba trabajando en Valencia –la Valencia sucia y luminosa de mil novecientos noventa, una Valencia distorsionada por la memoria que, probablemente, nunca existió– asesorando a un comisario de exposiciones de la administración, antiguo compañero de estudios, y acudiendo sistemáticamente a eventos culturales con la esperanza de reencontrarse con Mario. Su relación había sido un infierno de celos y disputas, un camino de espinas franqueado por caricias e incomprensión, un calvario de mentiras, dolor y placer a partes iguales. Le echaba de menos: no había superado la ruptura y su nuca de tramoyista. Todavía desayunaba con su albornoz, con la mano izquierda en el bolsillo y el triángulo del pecho al descubierto, imitando los gestos elegantes y precisos de Mario. Necesitaba acurrucarse entre sus brazos y respirar su olor a mala suerte. Su ausencia era un yugo que no conseguía vencer. Se había trasladado a Madrid para olvidarlo. Sentimentalmente, su vida en los dos años de separación había sido un caos de corazones turbios y noches sin fin; había perdido el interés por seducir o caer en las redes de un nuevo amor. Se dejaba llevar en una marejada de amargura y desilusión. Según sus conocidos, Mario andaba por Valencia, pálido, ojeroso, muy enfermo, en línea directa con el infierno, apareciendo y desapareciendo como un fantasma de abadía. O como la mujer del cuadro. No eran cosas de la rumorología popular: se decía que estaba infectado,

que había perdido los dientes, que su cara era una burda máscara pisoteada por la heroína. Se había hecho las pruebas y estaba limpio. La culpa anidaba en su corazón. La culpa es un animal inquieto e insaciable, un cauce que se desborda anegando los campos, la demostración definitiva de la androfobia de un Dios vengador. Por todo ello necesitaba verlo una vez más, intentar ayudarlo, desprenderse de una pena que lo aniquilaba. Le buscaba. Le buscaba en los lugares donde antes se mostraba en su esplendor, en los lugares donde había sido feliz.

Aparentemente, *El Traje Nuevo del Emperador* (un colectivo de artistas locales que incluía pintores, fotógrafos y escultores) no era más que un mecanismo de sinceridad desgarradora. *Muerto el arte, viva la sinceridad*, clamaba la propaganda que había llegado a sus manos. Una antigua fábrica de calzado -una cueva de ladrillo rojo quemado por el sol y la brisa del Mediterráneo, refugio habitual de yonquis apátridas con el síndrome de abstinencia, vagabundos desorientados y putas tristes- de la calle Arnaldo de Vilanova, en el barrio de la Malvarrosa, hacía las funciones de galería auto-gestionada por los gurús culturales. Mecenas buscando carne fresca, críticos impregnados de odio y frustración y viejas glorias locales con tendencias suicidas conformaban aquel ateneo de subnormales. Las exposiciones colectivas ya no servían como en otros tiempos de intercambio de ideas o caldo de cultivo de nuevas tendencias y de nuevos riesgos intelectuales; más bien, representaban una suma de egos insoportables donde la epidemia de artistas mediocres se miraba el ombligo, una vez más. La hegemonía de los mediocres, el triunfo de la sinrazón. Encontró lo que esperaba. Estudiantes de bellas artes, de imaginación castrada y talento difuso, incapaces de armar la creatividad y de enfrentarse a sus limitaciones, utilizando una mezcla de rebeldía y provocación para ocultar su vacío: nada que ofrecer a la humanidad. Fotografías de

sombras chinescas, esculturas realizadas con peines metálicos herrumbrosos, lienzos manchados con sangre de animal, pintura de vanguardia lacerada por recortes pornográficos... y *El perseguidor*.

Al cruzar un puente, un águila de pardo pelaje levantó el vuelo del pretil de piedra donde descansaba, hacia el indómito paraje de pinos atacados por la procesionaria, sobresaltándole, sacándole momentáneamente de sus pensamientos y obligándole a centrarse en la conducción. Sintió frío en las piernas y encendió la calefacción. La comarca del Maestrazgo se mostraba en su esplendor y la imagen de aquellos dos primeros cuadros pintados por *El perseguidor* regresó a su mente como la abeja obrera a la colmena.

Complementaba su trabajo de asesor ejerciendo de marchante para varias galerías de Madrid, realizando labores de escardador artístico, separando lo bueno de lo malo, lo mediocre de lo interesante, en las innumerables exposiciones a las que asistía. Había descubierto artistas de cierto renombre. Pero nunca se había topado con un prodigio. No podía creerlo. Aquellos cuadros se salían de lo meramente interesante: había encontrado la perla entre los escombros, la joya en el vertedero. Pintura clásica de un equilibrio divino. El artista cuerdo en el mar embravecido de locura conceptual. Nada más verlos sintió un palpito de genialidad, la zozobra interior que produce el arte. Arte con mayúsculas, el que permanece en el tiempo, el que sobrevive a las modas y a las críticas, el que maravilla y atrae a niños y ancianos. Compuestos por una extraña arquitectura de equilibrio e irrealidad, pintados con una delicadeza que rayaba el fanatismo, aquellas dos obras destilaban una belleza sobrecogedora. Dos lienzos –casi iguales, pero no repetidos, diferenciados únicamente por un anillo sin piedra que aparecía en uno de sus dedos y una pulsera de plata con una “M” mayúscula- en los que una mujer joven, de pálidas mejillas, con el pelo recogido en una larga trenza de color ámbar y

un vestido orlado de seda, indudablemente de otro siglo, mostrando una cintura de avispa y unas caderas anchas, le miraba con unos ojos azul turquesa, muy vivos, que trasmittían la fuerza motriz de la desesperación. Bajo unos labios finos se intuían unos dientes pequeños y nacarados. En pie sobre un mar de niebla se cogía de las manos, delicadamente, y miraba al frente, en busca de ayuda, asomándose desde una ventana de otro tiempo.

Interrumpiendo la generosa alocución de uno de los gurús culturales de más edad -que adoctrinaba a sus discípulos sobre la supremacía artística española y la necesidad de un reconocimiento internacional, con la seguridad de un profeta, en posesión de la verdad- preguntó por el pintor de aquellas obras.

—Ese de ahí —le dijo despectivamente, mirándole de reojo, una mirada de áspid molesta, de mayordomo acostumbrado a la traición, de madrastra de Cenicienta, y señalando a un tipo que vestía vaqueros y un jersey de lana vieja, de color negro. Le pareció un hombre normal y corriente, con una de esas caras sin afeitarse, mil veces repetidas, difíciles de recordar, que hacen crucigramas en las estaciones de tren o leen novelas negras en las salas de espera de los hospitales públicos. Asumiendo el riesgo de equivocarse de persona, se presentó educadamente y le dio la mano.

—Estoy impresionado, de verdad, profundamente impresionado. Te felicito, son magníficos. ¿Llevas mucho tiempo pintando?

—Dos meses —contestó en voz baja, sin mirarle, con una timidez inesperada.

—¿Por qué firmas como *El perseguidor*?

—Porque es lo que soy, un perseguidor.

—¿Y qué persigues, si se puede saber?

—A ella, la persigo a ella —respondió muy serio, clavando su mirada en el centro de su iris.

Aunque ya lo intuía, le preguntó por la modelo.

—No hay modelo: ella viene a mí.

Aquel día se convirtió en su marchante. Y ahora conducía por una carretera sinuosa, irregular, de memoria -llevaba quince años realizando el mismo trayecto-, bordeando los campos con un palpito en el corazón, un palpito radicalmente distinto al del día de su primer encuentro, hacia la madriguera de *El perseguidor*, la antigua casa de sus abuelos, en Cantavieja, que adquirió y reformó con las primeras ventas y a la que se trasladó de inmediato, abandonando la ruidosa y masificada Valencia, invirtiendo el proceso normal de emigración. No le sorprendió. En su cabeza se encontraba la factoría de sueños. Sólo por eso tenía derecho a ser distinto, licencia definitiva para la extravagancia. Había trabajado para artistas desequilibrados, egocéntricos, pirómanos, hermafroditas, hipocondríacos, pero nunca para nadie tan extraño y fascinante como *El perseguidor*. Al principio pensó que sufría de hiperestesia —una sensibilidad desarrollada en exceso, una sensibilidad dolorosa bajo el camuflaje de la genialidad-, que su único propósito era huir de la ciudad y de sus mecanismos de insatisfacción: viviendo en el campo turolense, en una casa de gruesos muros de piedra y jardín vallado, apartado de la vorágine de la gran ciudad, de la gran mentira, encontraría su plancton creativo. No se equivocó. Pero sus motivos eran más profundos.

Desde la carretera, observó el pueblo de Cantavieja, en la lejanía, vigilando el entorno desde una atalaya imaginaria. Aceleró, generando una dosis extra de adrenalina, empujado por la emoción y las ganas de llegar, y en pocos minutos

alcanzó el desvío. Trazando una curva con suavidad, enfiló el coche hacía el pueblo. Aparcó en la parte baja, en el solar de una casa recién demolida, junto a una hormigonera y un remolque cargado de escombros, y subió por las calles angostas y empinadas, de balcones cubiertos de flores y puertas con gatera, deteniéndose a recuperar el aliento cada pocos metros por la falta de costumbre y el exceso de peso. Saludó a un pastor de mandíbula tallada en madera de arce y manos de cepa vieja. Manos acostumbradas a esquilar ovejas y a dar el pésame en los entierros y caricias a los nietos. Dos cigüeñas aplaudían su esfuerzo con el pico, erguidas sobre sus patas de caña vieja, desde el campanario de la Iglesia de la Asunción. La furgoneta del pan anunciaba su llegada haciendo sonar el cláxon una y otra vez. Un mastín del pirineo le ladraba a las nubes en un corral próximo.

El reloj de sol marcaba las doce del mediodía cuando el marchante llamó a la puerta.

AQUÍ TERMINA, amigo mío, nuestro acuerdo: este cuadro será el último, sentenció *El perseguidor*. El marchante estaba atónito, el palpito que le había acompañado durante el viaje por fin cobraba forma. Le observó: parecía diez años más joven, diez años más seguro. Como un actor atrapado en un papel que hubiese recuperado su personalidad. El mercurio que antaño circulaba por sus venas había desaparecido. La vida brotaba de él, se abría paso a empujones, desplazando el martinete de la soledad y una tristeza de animal herido en el campo de batalla. Una sábana rígida y avejentada cubría el caballete de madera y ocultaba la pintura, la última pintura. El estudio olía a humedad, pesadillas y disolvente. La ausencia de ventanas fomentaba la claustrofobia. Sentados en un sillón que, en innumerables ocasiones, había ejercido de improvisada cama, *El perseguidor* le sirvió una copa de absenta y desnudó su secreto. Como

un asesino en serie confesando las muertas enterradas en el jardín.

—Mi búsqueda se encuentra en este álbum de fotos: una polaroid para cada cuadro. Un cuadro múltiple y un mapa cambiante en el que he dedicado quince años de mi vida, un atolladero voluntario que casi me cuesta la cordura—respiró fuerte, desventando el fuelle de los pulmones, y prosiguió con la narración—. En cada elemento nuevo que se materializaba en el cuadro volcaba todas mis energías: contraté un detective privado, uno de los mejores, me aseguraron, ofrecí enormes sumas de dinero por cada pista proporcionada, cada carta recibida, cada llamada en la madrugada, cada email en mi correo abrían una puerta a la esperanza, gasté una fortuna en anuncios, llegando a entablar relaciones con las mafias del arte, viajé por todo el mundo persiguiendo un fantasma, vagando por un tremedal de artificios y mentiras para cobrar la recompensa, y, cuando estaba a punto de descerrajarme un tiro en la cabeza o de colgarme de una higuera retorcida recibí la llamada. Un anticuario mexicano decía conocer la procedencia del camafeo con la letra “M” mayúscula aparecido en los seis últimos cuadros. Me desplazé a la capital de México y...

Le contó la historia más triste del mundo, una historia que dejaría sin lágrimas a la mejor plañidera, y que tenía como protagonistas a Felipe Merockley, un fabricante de absentas de origen alemán, que vivió a finales del siglo XIX en una mansión junto al océano Pacífico, en Puerto Escondido, México; a Selma, su única hija, descrita en las crónicas locales como un ángel de belleza y virtud, y a un jardinero sin nombre del que se enamoró: la historia de un padre que no consintió perder a su hermosa hija y cometió la peor de las atrocidades, el peor de los martirios, condenándola a vagar sin descanso entre los vivos y los muertos. Ahora descansaría en paz.

El perseguidor quitó la sábana de un tirón: Selma, la

mujer del cuadro, con sus dientes nacarados y su piel brillante de manzana, sonreía. Y esa sonrisa reconciliaba a *El perseguidor* con el mundo.

Una vez desvelado el misterio, apuró la copa de absenta, se despidió del marchante y abandonó la pintura y su nombre para siempre.

Y salió a vivir.